

UN EXPONENTE DE LA PROSA DEL XVIII: EL «DIARIO DE OBSERVACIONES» DE JOSE CELESTINO MUTIS

por

MARÍA MILAGRO CABALLERO WANGÜEMERT

El trabajo que aquí se presenta tiene como base textual *El Diario de observaciones* de José Celestino Mutis, cuyos hitos cronológicos ponen de manifiesto la fecunda relación de Andalucía y América en el siglo XVIII. En efecto, Mutis nace en Cádiz en 1732 y termina sus días en 1808, Santa Fé de Bogotá, tras una dilatada existencia dedicada a investigar la flora y fauna de su patria adoptiva.

La bibliografía en torno a la figura del eminente naturalista se centra en su faceta de observador y estudioso de la naturaleza americana durante su estancia en Colombia —1760-1808—. Y ello es lógico porque su formación médica y su vocación botánica inclinan su vida y obra hacia esta vertiente. Paralelamente el contexto histórico le favorece ya que ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas tan considerables como el español de esta época en fomentar el conocimiento de los vegetales... En este sentido la expedición científica de Mutis a Nueva Granada no es un hecho aislado sino que se inscribe en una corriente propiciada por el Estado, de la que son muestras señeras la del Perú —1777— dirigida por Ruiz y Pavón; y la de Nueva España —1787— encomendada a Sessé y Mociño.

Precisamente con motivo de su expedición va a redactar José Celestino Mutis su *Diario de observaciones*, documento en el

que la profesora Jean Franco no duda en reconocer valores de índole literaria,¹ que no habían sido puesto de relieve hasta ahora. Mas que a una intencionalidad consciente por parte de su autor, se deben a su capacidad de observación aplicada en ocasiones a los usos y costumbres sociales. Todo ello se vierte en una prosa ágil y directa, de gran valor para el sociólogo literario.

En 1911 aparece el primer estudio biográfico más o menos exhaustivo sobre José Celestino Mutis, realizado por Federico Gredilla, director del Jardín Botánico de Madrid.² Incluye el texto del *Diario...* que abarca desde julio de 1760 a febrero del 62. La edición marcó un hito no superado hasta el lanzamiento en 1957 de la de Guillermo Hernández Alba.³ Esta última introduce material inédito, procedente de una serie de manuscritos descubiertos y recopilados en el Jardín Botánico de Madrid. Cronológicamente se extiende de 1763 hasta 1790 aunque con abundantes lagunas. A pesar de ello ha sido tomada como base textual para nuestra investigación por ser la más moderna y completa.

El *Diario de observaciones* desempeña el papel de «confidente» de José Celestino Mutis en su viaje hacia el Nuevo Mundo, meta de sus aspiraciones. Ello explica que, aun habiendo sido seleccionado por el rey para ampliar estudios en las Universidades de Leyden y Bolonia, decida acompañar al recién nombrado virrey de Nueva Granada, don Pedro Mesía de la Cerda y Cárcamo, marqués de la Vega de Armijo, en calidad de médico viendo la posibilidad de estudiar a fondo la flora americana, polo fascinante de su vida. En consecuencia, debemos desglosar dos partes en su *Diario...*: la primera equivale a un libro de viajes y recoge sus impresiones de las tres etapas en que se lleva a cabo el suyo:

1 Vid. Franco, Jean: *La cultura hispanoamericana en la época colonial* (en varios: *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo 1, Epoca Colonial. Madrid, 1982, pág. 51).

2 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario de observaciones*. Ed. de Federico Gredilla. Madrid, Fortanet, 1911. Para los datos biográficos se ha partido de este estudio básico, completándolo con el de Luis Hoyos Sainz: *José Celestino Mutis*. Madrid, Editora Nacional, 1949.

3 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario de observaciones de José Celestino Mutis (1760-1790)*. Transcripción, prólogo y notas de Guillermo Hernández de Alba. Bogotá, Imp. Minerva, 1957, 2 tomos. Las referencias que aquí se hagan corresponderán al primero.

- 1.—Madrid, 28 de julio de 1760 — Cádiz, 8 de agosto de 1760. ⁴
- 2.—Cádiz, 6 de septiembre de 1760 — Cartagena de Indias, 29 de octubre de 1760. ⁵
- 3.—Cartagena de Indias, enero de 1761 — Santa Fé de Bogotá, 18 de febrero de 1761. ⁶

La segunda corresponde a su estancia en Nueva Granada, con algunos desplazamientos hacia las minas del interior. Se extiende desde el 24 de febrero de 1761 a 1790. ⁷ En esta última parte se advierte una menor dispersión mental en Mutis a la hora de transcribir sus anotaciones; hasta el punto de que los años comprendidos entre 1783 y 1790 sólo contienen apuntes naturalistas, por lo que han sido obviados en nuestro estudio.

En el *Diario...* así estructurado, podemos desglosar dos referentes terrestres, separados por el viaje en barco: la realidad española y la realidad americana. Tendremos en cuenta la primera, es decir, en qué campos se centra la observación del gaditano y qué postura adopta ante los diversos problemas del país. Desde nuestro punto de vista pueden aplicársele las palabras de Gaspar Gómez de la Serna, en relación a la actitud del viajero en su propia patria: «no tiene —dice— eso que se llama una curiosidad intelectual por el paisaje, sino interés vital en él; su viaje no es una aventura entregada a las sorpresas del azar, sino una indagación en pos del significado histórico del que él mismo participa sobre la propia tierra que recorre». ⁸

Junto a esta peculiaridad es interesante recordar la fecha en que Mutis comienza a redactar su *Diario...*, aproximadamente sobre mediados del siglo XVIII, con todas las connotaciones propias del viaje ilustrado cuya «receta» procede de Rousseau. Para cubrir su objetivo utilitario deberá tener en cuenta las siguientes fases: 1.—Observar atentamente la realidad; 2.—Ejercitar frente

4 Mutis, José Celestino: *Diario...*, ed. cit., págs. 1-26.

5 *Ibidem*, págs. 26-61.

6 *Ibidem*, págs. 62-84.

7 *Ibidem*, págs. 85-469 del primer tomo, así como el segundo completo.

8 Gómez de la Serna, Gaspar: *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 1974, pág. 10.

a ella el arte de pensar; 3.—Desprenderse de los prejuicios con-naturales al viajero, es decir, observar y pensar con objetividad; y 4.—Dirigir la atención a lo verdaderamente útil. Bien es verdad que el viaje de Mutis no está concebido con una directa y prioritaria finalidad ilustradora a fin de mejorar el régimen de vida pública y privada, objetivo de los viajes económicos de un Jovellanos, por ejemplo; sino que se asemeja más a los viajes literario-socio-lógicos muy extendidos en la segunda mitad del siglo. Entre ellos destacan: *El viaje a la Mancha* de José Viera y Clavijo en 1774; *El viaje a la Alcarria* de Tomás de Iriarte en 1781; algunos de los *Diarios* de Jovellanos a partir de 1790; y parcialmente el conocido *Viaje de España* de Ponz. Obviamente tendrá muchos puntos de contacto con los viajes científico-naturalistas, como los del P. Sarmiento a Galicia en 1745, o *Las observaciones sobre el reyno de Valencia* de Cavanilles —1793-1797—.

Mutis va a aprovechar sus dotes de observador y su formación de hombre culto del siglo XVIII para dejar reflejadas durante el corto trayecto Madrid-Cádiz sus valiosas impresiones, encaminadas a obtener una imagen homogénea y lo más objetiva posible de la realidad por la que atraviesa. Su *Diario de observaciones* en esta primera parte y en cuanto a «rutina» trasladada al papel día a día, responde a un casillero intelectual que puede distribuirse en cuatro apartados:

- 1.—Datos concernientes al camino.
- 2.—Detalles relativos a las posadas, lugar de paro forzoso.
- 3.—Apuntes sobre la geografía física.
- 4.—Anotaciones y referencias acerca de los pueblos por los que atraviesan.

El camino era el primer punto negro en la larga lista de vicisitudes constituida por cualquier viaje. Los viajeros del siglo XVIII se hallaban ante senderos de tipo rural, grabados en la naturaleza por el paso de generaciones de caminantes; su trazado no correspondía a una concepción científica; y por añadidura se hallaban en franco deterioro. Las Ordenanzas de Ensenada (1749)

fueron punto de arranque para la construcción de varias carreteras españolas a costa del Estado; pero habrá que esperar muchos años para disfrutar de las mejoras.

La caída de la mula con que Mutis abre su *Diario...* pone de manifiesto la precariedad de los modos de viajar de la época:

«A media legua de Madrid, asustado el mulo por el ruido de las cuentas del rosario que iba rezando, me tiró a tierra (...). Mi caída fue del lado derecho, y tan fuerte, que aplastó una caja de tabaco que traía en aquel bolsillo, pero salvando la cajita de la aguja imantada». ⁹

Párrafo curioso, del que pueden extraerse varias deducciones: la gran sencillez de nuestro hombre, que no vacila en incluir en su *Diario...* un asunto jocoso que puede ridiculizarle, llevado por su función de fiel transcriptor de personas y situaciones; así como su cientifismo, que le induce a valorar sus instrumentos de trabajo anteponiéndolos a los trastornos fisiológicos. Párrafo también con valores de tipo costumbrista que podemos conectar con un famoso libro de viajes, coetáneo suyo, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandera, en la frontera de la ficción hispanoamericana. En él las caballerías desempeñan un papel elemental y cotidiano, hasta el punto de que se dedica el capítulo VII a divagaciones acerca del origen de las mulas y en el prólogo se hace una apología de las postas y animales que llevan aparejados. ¹⁰ Con esto no se hace sino continuar la tónica general del siglo XVII en cuyos relatos de viaje se presenta la mula como medio de transporte ideal por su resistencia y bajo nivel de mantenimiento. ¹¹

⁹ Mutis, José Celestino: *Diario...*, ed. cit., pág. 2. No se trata de una anécdota aislada, sino que existen varias referencias a momentos peligrosos para la estabilidad del jinete. Vid., por ejemplo, la pág. 16.

¹⁰ Vid. Carrió de la Vandera, Alonso: *El lazarillo de ciegos caminantes*. Ed. de Emilio Carilla. Barcelona, Labor, 1973, sobre todo las págs. 99-122 y 223-240, respectivamente.

¹¹ Vid. al respecto las fuentes citadas por Patricia Shaw Fairman en su libro *España vista por los ingleses del siglo XVII*. Madrid, SGEL, 1981. Frente a lo «práctico» de la mula se señala la categoría del caballo español, objeto de regalo por parte de los grandes... Para conocer las opiniones de viajeros que transitan por nuestro país son básicos los libros de R. Fouché-Delbosc: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. París, Welter, 1896, y A. Farinelli: *Viajes por España y Portugal*. Madrid, CEH, 1920 y *Suplemento*, Madrid, CEH, 1930.

A la incomodidad del camino había que añadir la peligrosidad de ciertos tramos, fundamentalmente las arboledas y pasos montañosos. Tópico que responde a una situación real, Mutis no deja de anotarlo en Sierra Morena. Dice textualmente:

«Continuamos nuestro camino con el recelo que pide el sitio por la espesura del monte, en que se suelen ocultar algunos ladrones, que sin sentirlo saben dar algunos chascos bien pesados...». ¹²

Y más adelante:

«Ya se había pasado lo más dificultoso de la jornada, pero continuaba lo peligroso por lo que mira a los ladrones...». ¹³

Felizmente la travesía de Mutis se lleva a cabo sin tropiezo alguno lo que no implica que desaparezca su temor. A la salida de Córdoba vuelva a registrar:

«De Córdoba salimos con los cuatro conductores y las 5 recuas acompañándonos los unos a los otros para pasar con mayor seguridad el peligrosísimo paso de la Parrilla, donde se han cometido tan horribles maldades. A dos leguas de Córdoba comienza este sitio sumamente espeso y terrible por el poco uso que puede hacer el viajero de sus armas, pues desde una mata pueden tirar como lo han acostumbrado, sin ser vistos. A tanto llegan las malditas acciones de estos salteadores de caminos, que para asegurar más bien el robo matan al caminante, quitando a veces la vida por ningún dinero, pues suelen quitarla sin reconocer los haberes del caminante...». ¹⁴

En el *Diario...* los puntos 1 y 4 suelen estar inextricablemente fundidos. Se van nombrando los pueblos que el viajero recorre, señalando en leguas las distancias. Se subraya la hora del día en un progresivo movimiento lineal atento a registrar los pequeños pormenores de la jornada. La marcha se inicia regularmente a la caída

12 Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 16.

13 *Ibidem*, pág. 17.

14 *Ibidem*, pág. 21.

del sol y, tras haber aprovechado la larga noche para el avance, se llega al amanecer al merecido descanso de la posada. Esta inversión cronológica permite a los viajeros evitar los rigores del sol en el verano; pero, como contrapartida, impide extasiarse en la contemplación de las bellezas del país. Recogemos un fragmento representativo, del 30 de julio:

«Llegamos a Yébenes a las 8 de la mañana del día 30 y a esta hora comenzó la tormenta que se desvaneció en buen tiempo. La aceleración con que pasamos por estos lugares no me permitieron informarme de ellos, pero especialmente de los 2 primeros pasados por la noche. De Orgaz sólo puedo decir que me pareció un gran lugar, muy superior a Armonací (Almonacid) y Villaminaya. Yébenes es una grande población de más de mil y trescientos vecinos...». ¹⁵

Como buen observador Mutis evalúa comparativamente la magnitud y cualidades de los puntos de referencia, que en su mayor parte carecen de valores artísticos destacables.

En este progresivo deambular era inevitable la referencia a las *posadas*, como obligada escala del camino. Pasamos así a examinar el punto 2 de nuestro esquema. El día 29 de julio anota:

«La posada es mediana en sus comodidades, la compostura de los alimentos y el servicio es sin duda de lo mejor que permite el país». ¹⁶

Por el contrario el día 2 apunta lo siguiente:

«Entramos en la posada 2.^a de las dos que hay en el lugar donde nos alojamos con muchísima incomodidad (...). Nuestro descanso fue correspondiente al que nos prometió el alojamiento». ¹⁷

¹⁵ *Ibidem*, pág. 14.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 4. En este sentido la mejor posada del camino, según Mutis, es la del Mesón del Puente de Córdoba. Vid. pág. 19.

¹⁷ *Ibidem*, págs. 11. Otra referencia semejante en la pág. 22.

Se detecta el tono irónico utilizado por Mutis al juzgar una realidad negativa, que contrasta con la crítica e incompreensión despiadada de los foráneos. El español de la época estaba habituado a la deficiente infraestructura del país. La escasez y mala calidad de las posadas era la tónica habitual. Los relatos de extranjeros recogen con escándalo dos datos también detectados por los nativos, que reflejan el bajo nivel de los alojamientos. La presencia de parásitos y, por el contrario, la ausencia de comida hasta el punto de que si el viajero no llegaba a la posada con sus propias vituallas corría el riesgo de quedarse sin comer.¹⁸ En consecuencia, todo el que podía procuraba hacer escala en casa de amigos o conocidos donde el trato era bien distinto. Ejemplo de ello es la succulenta comida y el buen recibimiento dispensado por el padre de los arrieros que viajaban con Mutis. Dice textualmente:

«Su trato para con nosotros fue espléndido en cuanto lo permite el sitio. Nos sirvió el almuerzo con un gran plato de carne y otro plato de asadura bien compuesta. El pan y el vino iban con exceso abundantes, y la cama tan buena como podría tenerla en mi propia casa...». ¹⁹

Tal vez sea éste el pasaje más expresivo del *Diario...* en cuanto al asunto de alojamiento y comidas. Mención aparte, aunque conectada, merecen las visitas a parientes y amigos al entrar en Andalucía: en Córdoba²⁰ y Marchena.²¹ Mutis suele parar en una posada y desde allí cumplir con los suyos, de los que acepta hospitalidad cuando las circunstancias lo aconsejan.²²

18 Vid. al respecto un testimonio elegido al azar, el de P. Norberto Caino:

...«Un cuarto sucio y más infecto que una cuadra. Había allí en un rincón, una cama muy estrecha, muy corta y muy sucia. Me llevaron allí, para mi cena, pan enmohecido; era todo lo que tenían para darme. Me sirvió de él, quitándole la corteza, para acompañar a mi chocolate, y después de haberlo tomado me fui a acostar. No creo haber pasado en mi vida una noche peor. Además de los millares de insectos de toda especie que me destrozaban por todas partes, tuve toda la noche carreras y peleas de ratas, que no acabaron hasta el amanecer». (Trad. recogida por José García Mercadal en *Viajes por España*. Madrid, Alianza, 1972, pág. 282).

19 Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 5.

20 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 19.

21 *Ibidem*, págs. 23 y 24.

22 *Ibidem*, pág. 24.

En cuanto al tercer punto, el *paisaje* por el que se atraviesa, el *Diario...* responde a las previsiones del viaje ilustrado, ya que la geografía sirve para situar al personaje en un entorno —es una geografía útil— y no como simple elemento decorativo. A tono con la norma del siglo ... «es muy raro hallar (...) ninguna descripción paisajística que encierre cierta categoría o pretensión estética». ²³ Se localizan los parajes con acotaciones de acuerdo a baremos médicos; por ejemplo al hablar de Caracuel se indica:

«El lugar es bastante sano y está situado al pie de un gran cerro...». ²⁴

Tal vez sea oportuno recordar aquí que en esta época el país era esencialmente agrícola. Buen observador, al atravesar la Mancha, Mutis va tomando nota de los estragos que la sequía causa en el campo. No solo repara en la escasez de agua, motivo de sufrimiento a lo largo del viaje, sino que la atribuye a la desidia de la gente, al no preocuparse por el abastecimiento propio y los sistemas de riego correspondientes. ²⁵ No obstante Mutis se limita a señalar y lamentar esta incuria pero no pretende, como los ilustrados, «reformar» elaborando un programa alternativo de mejoras...

Concretando más el aspecto de la geografía, no hay que olvidar que ya en el viaje recogido en el *Diario de observaciones*, Mutis funciona como botánico fervoroso. Ello se traduce en la constante indagación por la flora en los lugares transitados, para lo cual se recurre directamente al pueblo llano. Escribe al respecto:

«Empecé a preguntar a la gente que encontraba cómo llamaban las plantas de que llevaba muestra...». ²⁶

Llevado por su afán científico se queja constantemente de que las molestias y la rapidez del viaje le impiden recoger semillas y

²³ Gómez de la Serna, Gaspar: *Los viajeros...*, op. cit., pág. 85.

²⁴ Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 11.

²⁵ Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., págs. 11 y 12.

²⁶ Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 15.

plantas a su gusto.²⁷ A pesar de sus protestas son constantes las referencias a su actividad; al llegar a un pueblo y tras el descanso en la posada se sale a «botanizar», apuntando minuciosamente los resultados obtenidos.²⁸ Pero además se aprovecha el camino para ir examinando la flora de la región, anotando las nuevas especies descubiertas, su nombre y procedencia, así como la extrañeza de Mutis ante hallazgos inesperados. Incluso el examen de la flora se convierte en un excelente ejercicio para combatir el aburrimiento o la dificultad de las caminatas, según sus palabras:

«Empezamos a subir la Sierra, que hubiera sido casi insoponible para mí a no hallarme divertido por la variedad de plantas que comenzamos a observar...».²⁹

Y un poco más adelante, el 3 de agosto, se insiste en el mismo sentido: al llegar el crepúsculo termina la posibilidad de recoger semillas y comienza a hacerse patente lo molesto del camino.³⁰ Las alusiones al examen de plantas son múltiples³¹ y siempre se advierte el mismo comportamiento en Mutis: interrogar sobre el terreno a los campesinos, e ir tomando nota exacta de sus descubrimientos. Paralelamente se va configurando su herbario mediante la sistemática recogida de ejemplares. Esta faceta va adueñándose progresivamente de la mayoría del texto constituido por *El Diario de observaciones*, hasta el punto de que la segunda parte, correspondiente a la realidad americana acaba convirtiéndose en un interrumpido diálogo del gaditano con sus escritos en torno a problemas de índole botánica, junto a larguísimas listas clasificatorias que escapan al marco de este artículo.

La mentalidad de Mutis queda indirectamente plasmada en el fragmento del *Diario...* dedicado al viaje por mar, lapsus obligado entre las dos realidades, europea y americana. Centrado en los avatares propios de la navegación —mareos,, entretenimientos a bordo,

27 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 14.

28 *Ibíd.*, pág. 6. En ella aparece la primera lista de plantas, fruto de su expedición al puerto de Yébenes.

29 Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 13.

30 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., pág. 14.

31 *Ibíd.*, págs. 8, 13, 15, 18, 21, 25...

avance rápido o moroso...— en esta coyuntura deja entrever el espíritu investigador y curioso de su autor, en pasajes tan divertidos y expresivos como éste:

«Aquella mañana logré ver una vandada de los pescados que llaman voladores, (...). Yo clamaba por tener uno de ellos para hacer la descripción y conservar algunos para saber a qué género de los conocidos debería reducirlos. Pocos días antes saltó uno en la repostería, donde fue cogido y destinado para uso más grosero, pues al instante lo despedazaron para que sirviera de cebo para pescar (...). Fui encargando a los marineros que me guardasen alguno...». ³²

Y es precisamente ese interés por la realidad circundante lo que convierte a Mutis en un precedente del pintoresquismo del siglo XIX. Llama la atención en la primera parte del *Diario...* la acumulación de anécdotas, incluso escenas de tipo costumbrista, asunto que suele ser obviado por los ilustrados ³³ que viajan para conocer al «hombre abstracto» con una intencionalidad reformadora en pro de un conjunto y no del individuo atípico. En el caso del gaditano tienen una función específica: fijar situaciones confiriendo a su *Diario...* un sello característico. Así la cena con el arriero y sus explosiones de cólera cuando falta el vino ³⁴ le dan pie a una serie de reflexiones morales acerca de la ambivalencia de los seres humanos que les hace fluctuar del papel de santos al de criticones encolerizados. La ausencia de Misa en día de precepto en una venta por mera economía, es decir, por no pagar al sacerdote, ³⁵ le sirve para remontarse a una cuestión ética y calibrar la temperatura religiosa del país... A veces es algo que le sorprende al pasar de una zona a otra, por ejemplo al llegar a Córdoba, junto al cambio en usos y costumbres, detecta la presencia de h — aspirada y señala si observa o no

³² Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., págs. 40-41.

³³ «Diríase que las personas interesan solamente a los viajeros de la Ilustración como unidades económicas y políticas, no como seres humanos dotados de estas o aquellas características tipificadoras...». Gómez de la Serna, Gaspar: *Los viajeros...*, op. cit., pág. 88.

³⁴ Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., págs. 5 y 7.

³⁵ *Ibíd.*, págs. 12-13.

seseo ... fijando las peculiaridades fonéticas de la región.³⁶ El mismo Mutis nos informa de su postura respecto de la realidad circundante:

«*Procuré reparar el acento de esta ciudad de Andalucía...*».³⁷

Pero frente a un elenco amplio, fruto de la agudizada capacidad de observación del gaditano, hay casos que por estar conectados con su ideología o su profesión, exigen del viajero una toma de postura. Es aquí cuando inevitablemente se percibe una postura reformista. Se es consciente de hallarse no ante algo aislado o curioso, sino ante un funcionamiento social que implica a la comunidad. Se hace hincapié tanto en lo positivo como en lo negativo. La visión de las mujeres manchegas, con su labor de punto a cuestras, le inspira calurosos elogios:

«Me servía de mucha complacencia pasear por las calles del lugar y ver que ninguna mujer vivía ociosa...».³⁸

No obstante, en la mayoría de las ocasiones, el nivel de incultura «duele» a Mutis. Nos referimos sobre todo a su contacto con circunstancias de tipo médico en el ejercicio de su profesión, que van jalonando el *Diario...* El lamentable estado de la cirugía y la medicina en general es un *leitmotiv* con fecunda antología literaria, debida a plumas tan valiosas como Quevedo, Góngora, Moreto..., etc. En Mutis nunca surge a nivel teórico sino como resultado de su preocupación solícita por las personas con las que tropieza.³⁹ Se constata la resignación de los lugareños:

«El cirujano debía ser de los comunes de nuestra España, por lo menos los vecinos mostraban hallarse sumamente descontentos...».⁴⁰

36 *Ibidem*, pág. 20.

37 Mutis, José Celestino: *Diario...*, ed. cit., pág. 20. El subrayado es nuestro.

38 *Ibidem*, pág. 5. Otra apreciación en la misma línea: pág. 11.

39 Vid. Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., págs. 8, 9, 15, 19...

40 Mutis, José Celestino: *Diario...*, op. cit., págs. 17-18.

resignación-consecuencia del peso de la rutina ante la que no puede menos que asombrarse la mentalidad racional de Mutis al recoger un caso fragante:

«Nos sorprendió bastante esta práctica, y aumentaba nuestra admiración al notar que no había indicación ninguna para la sangría en aquella enfermedad (...). Llegó el cirujano con quien hablamos en el asunto, y aunque se mostraba convencido de las razones que nosotros le presentamos contra el uso de las sangrías del pie en las preñadas (...). Añadió que era *práctica* constantemente observada en aquel lugar». ⁴¹

En resumen: nuestro viajero se limita a ir tomando cuidadosa nota del estado del país, e intenta cambiar la mentalidad del pueblo en aquellos asuntos —la medicina, por ejemplo—, que le atañen directamente. Resulta valiosa su postura ya que no desdén el saber popular en temas de climatología y botánica; pero junto a ello intenta atacar la falta de información y la rutina que dominaban el campo español.

En cuanto al tipo de prosa utilizado, hay que recordar que el libro de viajes participa de las características más didácticas de la prosa científiesta e ilustradora del siglo de las luces. De ahí nace la aridez de estilo, de la que algunos autores, pongamos por caso Jovellanos, son conscientes. La exactitud en la observación y descripción conlleva ese riesgo que, por lo demás, no está ausente de textos con pretensiones más literarias. Hay que reconocer que respecto a este tema Mutis recorre un amplio espectro, desembocando en la más penosa monotonía en el segundo tomo de su *Diario...* debido a las causas señaladas; pero no está exento de aciertos en la recogida y plasmación de anécdotas... lo que, siempre partiendo de la perspectiva de prosaismo científico del siglo XVIII, le confiere el derecho a ser tenido en cuenta como un exponente interesante de la época.

41 Ibidem, pág. 9. De nuevo el subrayado es nuestro.